



## El principio de individuación en Leibniz (1646-1716) y Duns Scoto (1266-1308)

Susana B. Violante

UNMdP

El principio *individuationis* o de indivisibilidad, fue definido por Duns Scoto como lo *natura communis* en el ser singular. El Doctor sutil trata de introducirse en el proceso de construcción que le permite al hombre devenir «sí mismo», centrarse en el yo a partir de la conciencia de la propia individualidad y, asimismo, reconocerse diferente a los demás. Este principio le permite ir reconociendo que, aquello que llamamos realidad objetiva, es el resultado de formas concretas e individuales que inciden en la formación de la cosa. El principio de indivisibilidad es, en algunos filósofos, aquello original que van a considerar como el primer principio de la filosofía racional, la esencia del ente. La concepción escotista toma su significado de Aristóteles al depositar la reflexión sobre la sustancia primera que no se predica y es lo que hace que el individuo sea indivisible, aquello que es. El problema radicaría en la captación de esa singularidad que por ejemplo Leibniz, tratando de brindar un cierre a la cuestión, llamará *detalle* al referirse a la distinción entre *mónadas*. El autor alemán en su tesis de bachillerato «Sobre el principio de individuación», *Über das Individuationsprinzip*<sup>1</sup> de 1663, tiene en cuenta las concepciones precedentes y adhiere a la vía nominalista como la correcta en su referencia y explicación.

Es a partir de este principio que podemos expresar la pluralidad y diferencia de los individuos. En Duns Scoto, la forma condiciona la individualidad en cuanto *quidditas*, esta última se encuentra en la forma de la *haecceitas*: «*unitas individui consequitur aliquam entitatem aliam determinantem istam, et illa faciet unum per se cum entitate naturae* («La unidad del individuo busca a alguna otra entidad para delimitarse, y se hará una por sí misma al lado de dicha entidad de la naturaleza»)).<sup>2</sup>

Para Leibniz el *quid* radica en el reconocimiento de que sólo existen individuos y que el fundamento de la individuación se ha de buscar en los objetos *individualizados* en su entidad conjunta: «Cada individuo se individualiza por su entidad total». En él pone de manifiesto que el individuo es una cantidad total de forma no explicable por la separación de la materia. De este modo, no es el término *sujeto* el que aparece en Leibniz, sino el de *mónada* en tanto *armonía preestablecida* que permite ver el mundo como el mejor de los posibles, una idea que no es iniciada por Leibniz sino que ya la encontramos en Duns Scoto. Si nos referimos a la *mónada*, para designar esta unidad, Leibniz de alguna manera sigue a Marsilio Ficino, Giordano Bruno y Anne Conway,<sup>3</sup> al mantener la forma griega

<sup>1</sup> Leibniz, G. W.: "Über das Individuationsprinzip" in *Virtus politica: Festgabe zum 75. Geburtstag von Alfons Hufnagel* / [hrsg. von Joseph Möller in Verbindung mit Helmut Kohlenberger]. Stuttgart-Bad Cannstatt : F. Fromann. 1974.

<sup>2</sup> Duns Scoto, *Opus Oxoniense, Ordinatio I*. Ciudad del Vaticano. Tomo 6, 1963. Traducido al francés por Olivier Boulnois.

<sup>3</sup> Lady Anne Conway (1631-1679), filósofa inglesa que mantiene la tradición platónica en Cambridge, tuvo una marcada influencia sobre Leibniz. Escribió un tratado «*Principios de la Más Antigua y Moderna Filosofía*», publicado póstumamente en 1690, en él propone una ontología del espíritu, derivada de las cualidades de

*monas*, «unidad», siendo así la *Monadología*,<sup>4</sup> el tratado de la unidad. Aunque en esa unidad podamos reconocer una percepción «sin conciencia». Cuando esas *mónadas* tienen claridad, conciencia y van acompañadas por la memoria, son «apercepción», y esta actividad es propia de las almas. Por lo tanto, las «mónadas» humanas pueden conocer verdades universales y necesarias. En la cumbre de la escala de las *mónadas* está, como corresponde al período de pensamiento, la divina. Un elemento Metafísico que, por el principio de razón suficiente, no puede postergarse indefinidamente y requiere un punto de partida en cada ser, determinado a obrar por su propia voluntad o inercia. Las *mónadas* son los elementos primeros de todas las cosas compuestas. Las *mónadas* son «espejos indestructibles del universo». Leibniz distingue entre predeterminación –ya que nada de lo que deviene es indiferente, pues cuenta con una razón para ser antes que no ser–, y necesidad –dado que todo lo que es pudo haber sido de otro modo en la infinidad de mundos posibles–, con lo que no es necesario en el sentido de ser su opuesto contradictorio.

El Doctor Sutil comprende la creación como un proceso en la mente de Dios en el que, en el mismo momento que crea, *en lo creado*, se genera «algo» *imposible* que es su propia imposibilidad, su propio rechazo. Sostiene que el que engendra no lo hace de la nada, sino que: “...cambia algo de una forma a otra forma, permaneciendo lo igual bajo ambas; a ese igual se le llama materia” (*Opus Oxoniense*, II, dist. XII, q. única).

La *materia* entonces, es el sujeto pasivo sobre el que es posible todo cambio accidental o sustancial y es la sustancia. Pero la sustancia tiene la posibilidad en sí misma de rechazar ciertos cambios. Lo blanco no puede cambiar en negro porque no contiene la cualidad *en la materia* que lo posibilite, es un *imposible* y en cuanto tal tiene un rechazo formal. La forma es lo que es, cuando deja de ser no cambia sino que comienza a ser una nueva forma diferente, un nuevo individuo. Por esto Duns Scoto niega que «todo se convierta en todo», de ser así no habría «individuación» ya que cualquier cosa podría transformarse en cualquier otra. Para que estos cambios sean posibles, no pueden darse en una sustancia simple, porque no es corruptible, de serlo, dejaría de ser simple. La corrupción le viene a la sustancia no de la forma que es acto, sino de la materia que es potencia por la que la sustancia puede ser o no-ser. La materia está en todo lo creado, desde lo más sutil «como en los ángeles hasta la última sustancia mineral». Cambiar es ser de esta u otra manera, nunca un «no-ser» porque implica contradicción. Si no existiese el compuesto materia y forma y fuese sólo una u otra, toda criatura sería incorruptible y dejarían de ser criaturas contingentes para devenir seres necesarios.<sup>5</sup> En *Opus Oxoniense* XII, 1, encontramos la expresión: “*materia est receptiva omnium formarum substantialium*”.

Dicho de esta manera se podría entender que cuando Dios crea, la materia está ya presente y tiene un ordenamiento que le permite rechazar lo dado por el creador, pero no es así. Sino que lo que indica es que Dios al crearla le otorga la posibilidad del rechazo formal con lo que incorpora la idea de *libertad* de Dios y de alteración del orden preestablecido en un primer momento de naturaleza. Dios crea desde su omnipotencia y libertad ilimitada, si su potencialidad tuviera límites estaríamos frente a una *petitio ex*

---

Dios, que se encuentra en oposición a las ideas de Descartes, Hobbes, y Spinoza. deriva su concepto de la *mónada* de la *Cábala*.

<sup>4</sup> Leibniz, G. W.: *Monadología*. Edición trilingüe, introducción de Gustavo Bueno y traducción de Julián Velarde. Oviedo, Pentalfa Editores. 1981.

<sup>5</sup> Pérez Estévez: *La materia, de Avicena a la Escuela Franciscana*, Venezuela, Editorial de la Universidad de Zulia, 1998. pp. 382- 386.

*principii* y a una paradoja: dado que se debilitaría su estatus ontológico al privarle de su atributo esencial. Si fuera limitado o autolimitado en su actuar y voluntad, Dios no sería omnipotente. Pero al no tener un límite no permite al hombre elaborar un fundamento estable. La naturaleza, en tanto que es su creación, dejaría de ser comprensible porque nada permanecería estable, todo correría el riesgo de cambio. No se sabría cuándo, ni para qué ni por qué por lo tanto, su accionar no se comprendería, que es lo que se busca: comprender el accionar de Dios.

La tesis propuesta en 1663, *Disputatio metaphysica de principio individui*, estuvo muy influenciada por el pensador jesuita Francisco Suárez para sostener una armonía preestablecida y una concordancia general en el universo porque Dios, justamente, ha hecho que el mundo sea de esa manera. Cuando el pensador alemán sostiene que este es el «mejor de los mundos posibles», se refiere a la creación por Dios y el concepto que toma de Duns Scoto acerca de lo composable. Leibniz se refiere con este concepto a lo que no es contradictorio en el momento de su creación. Considera «posibles» a aquello que no llega a conformarse, es decir, no puede haber un organismo que sea águila y león, o bien, podemos decir, no puede «mezclar» dos especies, la de las aves y los mamíferos. Pero el concepto de composibilidad es diferente porque las cosas tienen una estructura material que le permite la selección de aquello que va a aceptar o rechazar en el momento de la creación.

Por su parte, Leibniz tiene una distinción muy importante entre las mónadas personales y las otras. Las mónadas personales son libres, tienen espontaneidad y además tienen percepción, tienen conocimiento, por eso dice *Particula in minima micat integer orbis*, «en la partícula más pequeña se encuentra el reflejo del universo entero», son cerradas, no pueden percibir nada de fuera, no tienen partes, no tienen ventanas, en definitiva lo que hacen, las acciones de cada mónada es el despliegue de sus posibilidades internas. Y en el caso de las personas es una espontaneidad que añade conocimiento y libertad: son libres. Para Leibniz la libertad es condición fundamental de la persona, el principio de identidad personal ya está definido por Dios que omniabarca toda la creación.

Entonces la *haecceidad*, según Duns Scoto, puede cambiar por el principio de *omnipotentia*.

La distinción 43 del libro de las *Sentencias I, d §3* de Pedro Lombardo, pregunta sobre la primera razón para que una cosa sea hecha, si viene de Dios o de la cosa a hacer. Duns Scoto responde a dicha distinción al sostener que en primer término viene de Dios, pero que tiene que ver con lo que la cosa «acepta». Leemos el texto, sumamente significativo:

El imposible absoluto incluye imposibles o incompatibles [...] Dios produce lo posible en su intelecto y así produce dos seres en un ser posible, pero estos dos seres son uno al revés del otro formalmente imposibles, de una manera que no pueden, juntos, ser uno, ni puede ser producido de ellos un tercero. La imposibilidad la poseen de ellos mismos (ex se), y principiativamente<sup>6</sup> (ab eo) de quien los ha producido (*Opus Oxoniense, I, 43.15*).

---

<sup>6</sup> Principiativamente: neologismo de Duns Scoto: *principiativē*, forma adverbial tomada de otro neologismo: *principiare*: «ser el principio de ...».

A la representación que podamos hacer de la asociación o unión de los *imposibles* en su «posibilidad», el Doctor Sutil en el mismo texto la llamó *representación fictiva del figmentum*. Aquí yace la diferencia entre la persona humana y Dios, sus «mentes» son incomparables pero no contradictorias.

Duns Scoto habla del principio de individuación y de cambio; cada ser es una *quidditas, haecceitas*, un compuesto inmodificable por *potentia ordinata* y modificable por *potentia absoluta*.

Leibniz sólo trata de mostrar si lo que Aristóteles enunció de forma abstracta sobre la materia, la forma y el cambio, hay que explicarlo a través de la magnitud, la figura y el movimiento como pretendería Newton. El pensamiento central de Leibniz es el de un orden no determinado geoméricamente y, por tanto, no es necesario sino organizado espontáneamente, libre, susceptible de organizarse y desarrollarse del mejor modo, según una regla no necesaria:

Nada sucede en el mundo que sea absolutamente irregular y no se puede ni siquiera imaginar nada semejante. Supongamos que alguno señale casualmente sobre el papel una cantidad de puntos: digo que es posible encontrar una línea geométrica, cuya noción sea constante y uniforme según una regla determinada y tal que pase por todos estos puntos precisamente en el orden con que la mano los ha trazado. Y si alguno traza una línea continua, ya recta, ya circular, o de otra clase, es posible encontrar una noción o regla o ecuación común a todos los puntos de esta línea, en virtud de la cual los mismos cambios de la línea se explican [...] Así se puede decir que en cualquier modo que Dios hubiera creado el mundo, el mundo habría sido siempre regular y provisto de un orden general (*Discurso de metafísica*, § 6).

Entonces, la categoría que permite interpretar la realidad no es la necesidad sino la *posibilidad*. Todo lo que existe es una posibilidad que se ha realizado –componible–, no en virtud de una regla necesaria sino, siquiera, con alguna regla no necesaria y libremente aceptada. No todo lo que es posible se ha realizado o se realiza por esto, el mundo de los *posibles* es mucho más vasto que el *real*. Dios pudo haber creado una infinidad de mundos posibles pero ha realizado el mejor que es el basado en la libre elección –*potentia ordinata*–, una regla que Él mismo se ha puesto por su suprema sabiduría, de este modo, lo que existe no es una manifestación necesaria de la esencia de Dios, sino solamente el producto de su libre elección –*potentia absoluta*– que es la mejor entre todas las posibles. La posición inicial de Leibniz está, por tanto, más cerca de Aristóteles que de Descartes. El orden universal que Leibniz reconoce y hace valer no es geométrico y necesario –como el de Spinoza–, sino que es susceptible de organizarse y desarrollarse del mejor modo, según una regla no necesaria. El concepto de este orden es expresado con toda claridad por Leibniz en el *Discurso de metafísica*:<sup>7</sup> “Así se puede decir que en cualquier modo que Dios hubiera creado el mundo, el mundo habría sido siempre regular y provisto de un orden general.”

Leibniz considera que dado que el mundo como un todo está sujeto a leyes, cualquier pequeña intervención divina en el movimiento de los planetas es un atentado a la perfección del diseño preestablecido por Dios desde el principio de los tiempos.

<sup>7</sup> Leibniz, G.W.: *Discurso de metafísica*. Madrid, Alianza. 2002. Introducción, traducción y notas Julián Marías.